

rrat detallará las vicisitudes del viaje así como las características y puntos de interés del territorio recorrido en su *Mongolicae Legationes Commentarius*, obra originariamente elaborada en portugués que el jesuita terminó en 1590 pero que en la actualidad se encuentra extraviada y sólo es posible acceder a su versión latina¹³. Es en esta obra donde el religioso da muestras de ser un gran observador y consigue reunir todo aquello verdaderamente trascendente para los ojos de un occidental: la geografía, la historia, la vida de las diferentes comunidades, su cultura y su religión. Son aspectos que recoge y relata minuciosamente, no sin algunas sorprendentes confusiones debidas a su desconocimiento, como cuando describe las estupas búdicas que encuentra en el camino o confunde las cuevas de los monjes budistas con las de los ascetas hindúes o con lugares de recogimiento de antiguos eremitas cristianos que, según la tradición occidental, siguieron las enseñanzas de los apóstoles Tomás y Bartolomé¹⁴.

Aparece así en las páginas de Montserrat una de las grandes obsesiones que llevaron a los religiosos cristianos a adentrarse en las vastas extensiones asiáticas ya desde la Edad Media. Iban siguiendo el rastro de la expansión del cristianismo hacia Mesopotamia, Asia Menor y Extremo Oriente, y así lo confirmaron los viajeros medievales al encontrar comunidades ortodoxas, nestorianas, naimanas y jacobitas en sus rutas hacia el Este, y también se conocían en Europa las iglesias copta, abisinia, armenia y maronita. Asimismo, se habían organizado peregrinajes a Malaipur, en la costa oriental de la India, en busca del santuario del apóstol Tomás, puesto que desde muy antiguo circulaba por los estados europeos la leyenda de que, tras la Resurrección, el santo había ido a la India a predicar el Evangelio y allí había sido martirizado. A todas estas evidencias había que añadir el eco de la tradición occidental por la que se creía en la existencia de un imperio dirigido por un rey-sacerdote poderosísimo y fustigador de los enemigos de la fe cristiana, el reino del Preste Juan etiópico; incluso algunos de sus embajadores habían viajado a Roma y a otras capitales europeas, como Lisboa, a finales de la Edad Media y durante el primer Renacimiento. En la segunda mitad del siglo XVI, tras los navegantes portugueses, llegaron los miembros de las comunidades religiosas europeas para tomar el relevo en la búsqueda del mito del cristianismo oriental. Y es que, como es sabido, la expansión renacentista no fue motivada únicamente por la conquista de

¹³ Existe una versión en lengua inglesa de principios del siglo XX editada por S. N. Banerjee, *The Commentary of Father Monserrate on his Journey to the Court of Akbar*. Oxford: Oxford University Press, 1922.

¹⁴ H. Heras, *The Jesuits in Afghanistan*. *Calcuta: The New Review*, January 1935, p. 5-9.

riquezas, sino que la promovió también la necesidad de confirmación de la existencia de antiguas cristiandades perdidas. A pesar de la posterior frustración ante la imposibilidad de encontrarlas, el mecanismo conceptual de la Europa renacentista no permitía la incredulidad y actuó desde el inicio la psicología de la creencia. Por ese motivo cuando en 1497 llegaron a Calicut los hombres de Vasco de Gama no dudaron en ver como cristianos a los hindúes de la costa malabar y también, poco tiempo después y en otras latitudes, los tupís brasileños fueron los puros y afortunados habitantes de un cristiano Paraíso Terrenal.

Montserrat no escapó a esa necesidad de existencia de cristianismo; así lo recogió tanto en su *Comentarium* como en la *Relação* donde explicó cómo los supuestos reinos cristianos fueron empujados por el avance musulmán hacia oriente. Sin embargo, hay algo de Afganistán que llamó especialmente la atención del jesuita: Montserrat dedicó esfuerzos a detallar su sistema montañoso, apuntó la dificultad que tuvo en determinar exactamente los nombres de las montañas y añade que en muchas ocasiones utilizó el método más fiable: sus propios ojos. Este hecho lleva a pensar que Montserrat recorrió algunas de esas montañas¹⁵, de las cuales ya da noticia en la *Relação* cuando describe los límites geográficos del imperio de Akbar: «Al nordeste hay unas sierras, a las que los naturales llaman Cumaum [Ku-maun], que parece ser o Imao [Himalaya] que las separa de Tartaria¹⁶». De hecho, Montserrat dedica los últimos párrafos de su *Relação do Equebar* a dar las primeras referencias occidentales sobre el Himalaya y sobre los habitantes del reino de Botthant [el Tíbet]¹⁷. «Porque antes hablé del monte Cumaum, daré brevemente [...] cuenta de cierta nación de gentíos que en él habitan por ser cosa nueva y curiosa. // En el interior de estas sierras moran unos gentíos que se llaman Botthant, los cuales visten fieltro cortado con la forma del cuerpo y cosido muy ajustado sobre él, el cual no desvisten hasta que se pudre y cae a pedazos; en la cabeza llevan unas caperuzas agudas de lo mismo. Nunca se lavan las manos y dan como razón que no se debe ensuciar una cosa tan clara y hermosa como el agua.

¹⁵ H. Heras, Op. cit., pp. 12-13. El Padre J. Wicky, en la nota 105 de su edición de la *Relação do Equebar*, rey dos mogores (p. 661), indica la existencia de una carta geográfica que aparece como anexo en la versión portuguesa del *Mongolicae Legationis Commentarium*, actualmente perdida, y que Josep Lluís Alay defiende como el primer documento cartográfico occidental de la cordillera del Himalaya, apoyándose en la información y la reproducción del mapa que proporciona el viajero Sven Hedin y que describe el viaje de Montserrat, en su obra *Trans-Himalaya*, Londres: MacMillan & Co., 1913, vol. III.

¹⁶ António Monserrate, Op. cit., p. 654.

¹⁷ Monserrat prefiere transcribir fonéticamente el nombre en lengua hindi, Bhotanta, ante el nombre en árabe Tubbat o en turco Tübät.

No se casan más que una vez con una sola mujer y, después de tener dos o tres hijos, viven como hermanos [...]. No tienen ídolos; viven en tribus como los brasileños. Son gobernados por hechiceros; cuando alguno muere, miran sus libros y consultan a sus hechiceros, y si les dicen que se coman al difunto, se lo comen, si les dicen que lo quemem, lo queman, et caet., y de otra manera no comen gente. Son hombres blancos y gruesos, no muy altos de cuerpo, pelean a pié, no tienen rey entre sí; la mayoría son rojizos de rostro y cabellos rubios. Sus armas son: arcos, flechas, espadas; sus recipientes y escudillas en las que comen, son pedazos de calaveras de muertos. Son dados a dar limosna, viven de hacer fieltro y vienen a venderlo a una ciudad de este lado que se llama Negarcot: y bajan en junio, julio, agosto y septiembre; fuera de estos meses no pueden venir a causa de las nieves¹⁸».

Antoni de Montserrat regresó a Goa en 1582 y sus aventuras –mejor sus desventuras¹⁹– siguieron por otras latitudes orientales, pero es muy probable que Akbar no llegara a sospechar nunca que el viaje del jesuita y sus escritos tuvieran un significado trascendental para Occidente. En cierto modo, la invitación del emperador a los religiosos abrió la puerta al último de los espacios de la inmensidad descubiertos por los viajeros de la Europa renacentista. Si en 1471 el navegante Álvaro Fernandes perdió de vista la Estrella Polar del cielo nocturno ecuatorial y entró en un espacio celeste desconocido que no le permitía orientarse astronómicamente, hecho que obligó al pensamiento occidental a buscar otra forma de cálculo de situación según el regimiento de la altura del sol; si en 1497 las naves de Vasco de Gama se alejaron de la isla de Santiago, en Cabo Verde, y no volvieron

¹⁸ *António Monserrate, Op. cit., p. 661. Los ritos antropófagos del Tíbet ya habían llamado la atención al franciscano Guillermo Rubrouck en 1254 y la fascinación de Occidente por el vínculo de los tibetanos con sus muertos se ha mantenido hasta la actualidad (como, asimismo, se ha mantenido el mito del país de extremas riquezas, de la libertad sexual o de los conocimientos mágicos y esotéricos). Frédéric Lenoir, El budismo en Occidente, Barcelona: Seix Barral, 2000, pp. 49-52. Cuarenta años después de las anotaciones de Montserrat, el jesuita António de Andrade cristianizará barrocamemente las costumbres mortuorias tibetanas al aplicarles la lógica del carpe diem.*

¹⁹ *En febrero de 1589 se embarcaba hacia Etiopía disfrazado de comerciante armenio junto al jesuita español Pedro Páez, para desempeñar una vez más una misión diplomática, la entrega de un documento en nombre de Felipe II al Negus amenazado por las tropas otomanas. La nave en la que viajaban sufrió un naufragio, al que sobrevivieron los jesuitas pero fueron hechos prisioneros en las costas del Yemen y enviados a la ciudad de Einam y entregados al gobernador turco de Sana. Los religiosos pasaron seis años encarcelados hasta que en 1596 se pagó su rescate y fueron liberados. Montserrat regresó a Goa y, debilitada su salud, desempeñó las funciones de rector de la misión hasta que murió en el año 1600. Sus numerosas cartas describen la difícil situación que soportó durante su encierro los últimos años de su vida. Josep Lluís Alay, Op. cit., pp. 134-135.*

a ver tierra tras cuatro meses de navegación por la inmensidad atlántica, para dejarse llevar por los vientos alisios y aprovechar la fuerte corriente marina al oeste de las Canarias; si en el año 1500 el notario Pero Vaz de Caminha se sentía conmovido ante la exuberancia de la vegetación brasileña; y si los supervivientes a los naufragios de las naves portuguesas de la segunda mitad del siglo XVI se desesperaban ante la visión de los infinitos espacios de la nada que debían recorrer por las costas orientales africanas, el último de los espacios de la inmensidad lo alcanzará el padre António de Andrade en 1624 al seguir los pasos de Antoni de Montserrat hacia el norte de la península indostánica y alcanzar las poderosas cumbres tibetanas.

Un año después de la muerte de Montserrat, en enero de 1601, António de Andrade llegó a Goa. Durante los veinte años que habían transcurrido desde el primer viaje a la corte de Akbar hasta la llegada de Oriente del jesuita portugués, otros religiosos —Jerónimo Javier y Bento de Góis— habían ido informando sobre la existencia de un reino desconocido llamado Botton o Tebat. El segundo viaje del jesuita Bento de Góis, en 1603, siguiendo la Ruta de la Seda con el propósito de encontrar el Gran Catay descrito por Marco Polo, ofreció una interesantísima información al mundo cristiano: Góis conversó en lengua persa con un príncipe tibetano prisionero de los musulmanes en Yarkand (actual Xinjiang chino) y en ese encuentro llega a la conclusión de que los tibetanos son cristianos²⁰. No era la primera noticia; Montserrat ya había oído decir que había cristianos en los Himalayas y así lo explicó en su *Comentarium*, y también indicó, quizás confundido por su desconocimiento del budismo y de la represión islámica contra éste siglos antes, que esos antiguos cristianos se habían refugiado en las montañas huyendo de la expansión musulmana²¹.

Si Akbar no imaginó nunca que abría a Occidente la puerta geográfica hacia el Techo del Mundo, tampoco pudo suponer el emperador que la relación que establecía con los europeos sería, pocos años después, el punto de conexión entre el cristianismo y el budismo tibetano. En marzo de 1624 António de Andrade partía de Agra hacia Lahore acompañando al rey Jahangir, sucesor de Akbar, que regresaba a la corte, pero en Delhi el jesuita decidió modificar su destino y seguir a un grupo de peregrinos que se dirigía al templo de Badrinath. Desde ahí iniciará su ascenso hacia Tsaparang, capital del reino de Gu-ge, en la región occidental tibetana, y es

²⁰ Hugues Didier, *Os Portugueses no Tibete: os primeiros relatos dos jesuítas (1624-1635)*, Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 2000, pp. 11-40.

²¹ Hugues Didier, *Op. cit.*, p. 33-34.